

y si es posible, os lo ruego,
mi imprudencia perdonad...
Y que a mi palabra abone
el llanto que mi alma llora...

MARIA

Volviendo a su cámara, con voz solemne al traspasar
los umbrales.

Perdonémonos, señora...
¡para que Dios nos perdone!

ESCENA VIII

DOÑA SOL y DOÑA BLANCA

SOL

Acercándose a su señora.

Os lo dije, mi señora...
Fué imprudencia...

BLANCA

Conmovida.

No lo ha sido...
¡Maldita la tiranía
que así esclaviza al cariño!...
¡Si ella tiene herido el pecho,
mi pecho está más herido!
Las dos un mal padecemos...
¡y cómo odiarnos, Dios mío,
si nuestra pena es la misma
y nuestro crimen el mismo!

SOL

Con misterio y temor.

Señora, si alguien oyese...

BLANCA

¡Qué me importa, si ya he oído
gritar mi alma en su alma
maldiciendo del destino!
¿Por qué el Señor, si es un crimen,
me lo puso en mi camino?

Dirigiendo los brazos al cielo.

¿Qué culpa, decid, qué culpa
tengo yo de haberle visto,
y que quedase en sus ojos
este corazón cautivo?

Queda un momento abatida.

SOL

Viendo a don Fadrique, que aparece por el segundo
término de la izquierda

Señora, el maestro llega.

BLANCA

Recobrándose.

¡Cállate, corazón mío!

ESCENA IX

Dichas y DON FADRIQUE (que aparece por la arcada del
segundo término de la izquierda).

BLANCA

¿Conque os marcháis, don Fadrique?

FADRIQUE

Si vuestra venia me dáis,
marcharé con la alborada.

BLANCA

¿Y dónde el maestre va?

FADRIQUE

Puesto que armado me véis,
señora, no preguntad.
Allí donde pueda el temple
de estas mis armas probar,
que en la tierra castellana
es descanso el pelear...
¡Y más para aquel que a solas
con sus recuerdos está!...
¡Porque hay recuerdos que sólo
la muerte puede borrar!

BLANCA

Sin poder contenerse.

Mas ¿si una herida?...

FADRIQUE

¡Qué importa

herida que haga sangrar
el cuerpo, si tengo el alma
herida de muerte ya!

BLANCA

Con intención

¿Tan certera fué la espada,
o estaba, señor, tan mal

defendida que no pudo
el duro golpe evitar?

FADRIQUE

Al hierro que nos ataca
el hierro puede parar.
¡Mas no hay coraza que embote
una mirada mortal,
porque, sin verla, derecha
al corazón se nos va!
¡Y al acordar lo tenemos
herido de muerte ya!

BLANCA

Con intención.

Herida que abren los ojos,
los labios pueden cerrar...

FADRIQUE

Vivamente.

Mas, ¡también pueden matarnos
de tanta felicidad!

Acercándose a ella con un impulso vehemente.

¡Doña Blanca, doña Blanca!
¿Por qué da vuestra piedad
esperanzas al que tiene
muerta la esperanza ya?

BLANCA

Mas, ¿qué fuera de la vida
sin esperanza?... ¡Esperad,
que todo lo vence el tiempo,
y tiempo de todo habrá!

FADRIQUE

¡Herida abierta en el alma,
el tiempo la encona más!

En un arranque de pasión.

¡Señora! ¡Señora!

BLANCA

Haciendo un esfuerzo terrible para ocultar su emoción.

¡Idos!

Pero antes de marchar,
maestre de Santiago, oídme
esta balada que allá
en mis jardines de Francia,
hizo el amor popular:
«Cristiano que vas al moro
por la cruz a guerrear...
¡Toma este anillo de oro
y mételo en tu anular!
¡Y si dentro de dos años
en mí no vuelve a lucir,
cubierta de negros paños
me iré a un convento a pudrir!
Anillo, prenda de amor,
que en su lecho de agonía
me entregó la madre mía,
no puedes serme traidor.
En prenda de amor te di;
a mi amante séle fiel.
¡Que él no regrese sin til...
Mas tú... ¡no vuelvas sin él!»

FADRIQUE

Como hablando consigo mismo.

¡Dichoso el guerrero que
esa balada inspiró!

Se queda un momento inmóvil contemplando vorazmente la sortija de doña Blanca.

BLANCA

Mas, ¿qué miráis, don Fadrique?

FADRIQUE

Ansiosamente.

Señora, mirando estoy
esa sortija de oro
que en vez—¡oh dulce ilusión!
de engalanar vuestra mano,
con ella se engalanó.

BLANCA

Temblando de emoción.

Fué regalo de mi madre...
Si os place... ¡tomadla vos!

Se la da trémula. Don Fadrique, al tomarla, palidece.

FADRIQUE

Como ebrio.

¡Gracias, gracias, doña Blanca!

En un arranque de pasión, apretándole las manos y mirándole hasta el fondo de los ojos.

BLANCA

Abandonándose.

¡Don Fadrique!

FADRIQUE

Soltándola súbitamente.

¡Adiós!

Se va por el segundo término de la izquierda.

BLANCA

¡Adiós!

Despidiéndole con los ojos y saliendo por el primer término. Se va seguida de doña Sol, que durante la escena ha permanecido detrás del arco del primer término.

ESCENA X

DON PEDRO y DON ALVARO, que penetran recatadamente por el postigo.

ALVARO

Deteniendo al rey.

Cubrid el rostro, señor,
que os pueden reconocer.

PEDRO

Con arrogancia.

Ante sus vasallos nunca
oculta su rostro el rey..

ALVARO

Deteniéndole de nuevo.

Mas ved, señor, que aun no es tiempo...

PEDRO

Siempre es tiempo para quien
lleva en el cinto una espada,

y manco, además, no es.
¿Dónde está doña María?

Con impaciencia

ALVARO

Esperad, señor...

PEDRO

¿Por qué?

¡Bien se conoce que aun no
sentiste palidecer
tu semblante, ante el misterio
de unos ojos de mujer,
cuando a un amante aconsejas
que tarde en mirar su bien!...
¡Pronto! ¿Dónde está?

ALVARO

Su alteza
perdone... Mas mi deber...

PEDRO

Tu único deber, don Alvaro,
es callar y obedecer.

ALVARO

Mas nuestra vida, señor,
corre riesgo si a saber ..

PEDRO

¡Llévame a mi amor primero,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CALLE "LOS REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

mi vida guarda después,
que entre el amor y la vida,
el amor primero es!

ALVARO

Mas, señor, señor, calmaos...
Esperad, señor, que estén
prevenidos todos cuantos
a fuerza de oro compré.

PEDRO

Severamente.

Si llegar aquí a escondidas
yo, don Alvaro, acepté,
sin mi guión y mis gentes,
como un ladrón, es porque
así llegaba más pronto
a los brazos de mi bien;
porque si no, espada en mano
y embrazado mi broquel,
tomado hubiese el castillo
hasta convertirlo en
cenizas que raudo viento
trocarse en polvo después!...
¡Cada minuto que pasa
sin mirarla un siglo es!

ALVARO

Pues por su amor, os conjuro
a que escondido esperéis
la llegada de los nuestros,

a quien yo entrada daré
por el portillo que linda
con el río Zarpadiel.
Su presencia al son de esa
campana os anunciaré.
Entretanto, yo os respondo
de doña María... ¡Mas ved!

Mirando a la arquería del patio. Después señala a don
Pedro el postigo.

Allí viene vuestra madre
con Alburquerque...

PEDRO

Al salir.

¡Pardiez!

¡Los muros de este castillo
van a desplomarse, al ver
cómo a vengar sus agravios
va la justicia del rey!

Don Alvaro cierra el postigo y se acerca a los que
llegan por el segundo arco.

ESCENA XI

DON ALVARO, DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUER-
QUE y la REINA MADRE DOÑA MARÍA, que entran por el
segundo término de la izquierda. Don Alvaro se inclina pro-
fundamente.

ALBURQUERQUE

A la nobleza, don Alvaro,
en el patio congregad,
pues va, al despuntar el día,

la Padilla a profesar.
El portillo que da al río
con vuestros hombres guardad,
porque, según aseguran
los adalides, están
ya las huestes de don Pedro
dando vista a la ciudad.

ALVARO

¿Nada más, señor, mandáis?

ALBURQUERQUE

Al de la Cerda avisad,
para que vaya a la reina
doña Blanca a acompañar.

Don Alvaro se inclina y sale por el primer término de
la izquierda.

ESCENA XII

LA REINA DOÑA MARIA y ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

Arriesgamos la vida en la jugada;
pero entretanto la Padilla aliente,
de vuestro hijo la implacable espada
sobre nosotros estará pendiente.

REINA

Mas ¿no bastan los muros de un convento
para apartarla de él? ¿Se atrevería
a robársela a Dios?

ALBURQUERQUE

Su atrevimiento
¿a qué crimen, por ella, no osaría?
Don Pedro es impaciente, duro, osado.
Su corazón piedades no atesora...
¿Con sangre de qué fiera habéis, señora,
al cachorro real amamantado?

REINA

¡Es mi hijo!

ALBURQUERQUE

Callad, que vuestras quejas
avivan mi rencor... ¡Sus hieles bebo!
¡Tocáis mi pecho, y las heridas viejas
vuelven a abrirse... y a sangrar de nuevo!

REINA

¡Mas tened compasión de la Padilla!

ALBURQUERQUE

¿Qué importa un crimen si borró su huella?
¿Qué importa que ella muera, si con ella
se salva la corona de Castilla?

REINA

¡Yo no quiero que muera!... ¡Yo no quiero!
Es inocente... y se dirá mañana...

ALBURQUERQUE

¡También era inocente la Guzmaná,
y cayó sin piedad bajo el acero!

Sordamente.

En vano; en vano vuestros labios gimen
suplicando perdón. ¡Nos liga un fuerte
lazo irrompible!... ¡Sí, crimen por crimen!
¡Primero el claustro, mas después la muerte!

REINA

Ante el crimen los nobles se alzarán
todos contra nosotros...

ALBURQUERQUE

¡Qué fortuna!
¡Entonces a mis pies, una por una,
sus altivas cabezas rodarán!
Repica el esquilón de la iglesia.

REINA

¡Mas... escuchad!... Repica la campana...

Atenta.

ALBURQUERQUE

¡Por la Padilla doblará mañana!

Sombrío.

REINA

¡Piedad, don Juan!

Deteniendo a Alburquerque.

ALBURQUERQUE

¡Por nuestro amor, señora!
¡Por este amor que surge más ardiente
que el rosal luminoso de la aurora
en las lejanas cimas del oriente!

*Adelantándose.**Mirando a las almenas.*

Ya el sol del nuevo día centellea...

REINA

Decidiéndose.

¡Triunfe otra vez el mal!... ¡Oh, don Juan! ¡Sea!
Sucumba a nuestro amor doña María.
Vuelva el crimen a unirnos con sus lazos...
¡Qué me importa, don Juan, si en vuestros brazos
a los mismos infiernos bajaría!

Alburquerque entra en la habitación de la Padilla. La campana continúa repicando.

ESCENA XIII

Dichos y DOÑA MARIA DE PADILLA que sale con ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

¡Venid, señora!

MARIA

¡Compasión, Dios mío!

A Alburquerque.

Tened piedad de mí... No consintáis
que se consuma el sacrilegio.

ALBURQUERQUE

¿Osáis

oponeros a Dios?

MARIA

En él confío.

De su eterna bondad, que nunca yerra,
aguarda el alma su postrer consuelo...

¡Puesto que no hay piedad sobre la tierra,
mi esperanza, Señor, dirijo al cielo!

Viendo la impasibilidad de Albuquerque, se dirige a la reina.

¡Señora, tu infinita piedad muestra!
¿Por qué consuelo a mi dolor no dáis?...
¡Por vuestro amor, si amasteis, y por vuestra
salvación, si creéis, no consintáis
que profane este templo con mi planta!
¡Os lo pido postrada de rodillas!...
¡Ved cómo baña el llanto mis mejillas,
ahogando los sollozos mi garganta!

A Albuquerque.

¡Compadeceos de mi triste suerte!...
¡Dad, a mi pecho atribulado, calma!...
¡Antes que a esta pasión, matad mi alma,
y antes que profesar, dadme la muerte!...
¿Qué mal os hice para atormentarme!

ALBURQUERQUE

Cogiéndola de un brazo.

No hay tiempo que perder. ¡Vamos, señora!

MARIA

Abrazándose a la cruz.

¡Señor, Señor, piedad!... ¡Venid ahora
a ver si os atrevéis a arrebatarme
de los brazos de Dios!...

ALBURQUERQUE

Arrancándola

¡Doña María,
tan decidido estoy, que aun cuando fuera

preciso, hasta el altar os llevaría
arrastrando de vuestra cabellera!
Ni aun ante el crimen ¡vive Dios! me arredro...
Ningún consuelo en tu dolor esperes...

MARIA

Luchando.

¡Gritaré, gritaré!

ALBURQUERQUE

Arrastrándola a la iglesia.

¡Grita si quieres!

Mas ¿quién ha de ampararte?

La conduce al templo.

PEDRO

Abriendo violentamente las puertas y cruzándose de brazos.

¡Yo!

MARIA

¡Don Pedro!

Corriendo hacia él.

ESCENA XIV

Dichos y DON PEDRO

PEDRO

Interponiéndose. Los otros retroceden.

¡Sacrilegos, atrás! Si estos lugares
intentáis profanar, roto el sudario,
de su sepulcro se alzaré, terrible,
la sombra de Jesús crucificado,

¡Oh viles mercaderes de conciencias!
para echaros del templo... ¡a latigazos!

Alburquerque intenta avanzar. La Reina le contiene. Doña

María se abraza a don Pedro

¡Ya en mis brazos estás!... ¡Venid ahora!...
¡venid a arrebatarla de mis brazos!

ALBURQUERQUE

Avanzando.

¿Cómo entraisteis aquí?

PEDRO

Con voz de trueno.

Como vosotros
me la robasteis: a traición he entrado.
Mas ¿quién sois vos para exigir respuestas
a vuestro rey? ¡Ante mis pies, vasallo,
hasta que el polvo que mis plantas huellan,
cobardes, besen tus inmundos labios!

ALBURQUERQUE

Con desdeñosa altivez.

Sólo así me veréis, cuando mi tronco
esté de mi cabeza separado.

PEDRO

Entrégame tu espada.

ALBURQUERQUE

Con sarcasmo.

¿A vos, mi espada?

¡Es tan dura, señor, y pesa tanto,

que temo que, agobiada por su peso,
se desplome, al cogerla, vuestra mano!

PEDRO

Amenazante.

¡Miserable! Verás cómo con ella
te arranco el corazón hecho pedazos!

Tira de la espada. La Padilla lo detiene.

MARIA

¡Don Pedro, por piedad!

REINA

Interponiéndose.

Hijo, ¿qué es esto?

¿Te atreves a mi vista?

PEDRO

Atacando.

¡Atrás, villano!...

¡Defiádate, Alburquerque, cara a cara,
o sin defensa, como a un vil, te mato!

La reina se interpone.

ALBURQUERQUE

¡Estás en mi poder, mancebo loco!...
¡En el cubil del lobo te has entrado,
y de él no has de salir sin que conozcas
el tremendo poder de sus zarpazos!...

PEDRO

Arremetiendo. Alburquerque permanece impasible.

¡Cobarde!

MARIA

Deteniéndole por un brazo.

¡Por piedad!

REINA

Idem por el otro.

¡Detente, hijo!...

¡No pasarás, don Pedro!...

PEDRO

Desprendiéndose violentamente.

¡Paso, paso!

¡Ya que no luchas como un caballero,
tu rostro cruzaré como a un villano!

Le cruza el rostro con el acero.

REINA

¡Cielos!

MARIA

¡Dios santo!

ALBURQUERQUE

Tirando de la espada.

¡Con tu propia vida
castigaré la audacia de tu mano!

PEDRO

¡Muere, muere, traidor!

Lo desarma. Las dos mujeres, como locas, se interponen.

MARIA

¡Favor!

REINA

¡Auxilio!

ALBURQUERQUE

¡Aun me queda el puñal!

REINA

Sujetando a Alburquerque.

¡Socorro!

MARIA

Sujetando a don Pedro.

¡Amparo!

Las puertas de la iglesia se abren y aparecen doña Blanca
y caballeros. Se oyen las primeras armonías del órgano.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DOÑA BLANCA, damas y ricos hombres, que salen del
templo. Se oyen gritos y cruzar de espadas. Por el patio pe-
netran soldados batiéndose. Todo rapidísimo.

BLANCA

¡Ah! ¡Don Pedro!

Viendo al rey.

VOCES

Dentro.

¡Medina por don Pedro!

VOCES

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!

Dentro.

CERDA

Entrando herido, dirigiéndose a Albuquerque.

¡Señor, huyamos!

VOCES

Dentro. Los soldados de don Pedro, capitaneados por Diego Padilla, invaden la escena, acorralando a los rebeldes.

¡Viva el rey!

PEDRO

Serénamente, a los rebeldes.

Entregaos. ¡Los aceros,
 espadas son en las altivas manos
 de los nobles y honrados caballeros,
 y puñales en las de los villanos!
 ¡Ricos homes de pro, nobles varones,
 hábiles en la fuga y en la intriga:
 ya veréis cómo impávida castiga
 la justicia del rey vuestras traiciones!
 ¡Os engañasteis, almas de ramera,
 si en vuestro ciego y temerario encono,
 habéis soñado que mi espada fuera
 vuestro escabel para asaltar el trono!
 De vuestros locos sueños, ¿qué se ha hecho?
 ¿De qué sirven, decid, vuestros furores?
 ¡Aquí tenéis de vuestro rey el pecho!
 ¡Clavad en él vuestro puñal, traidores!

REINA

Postrándose ante don Pedro.

Mi amor les arrastró. ¡Tu madre implora
 por todos ellos!...

PEDRO

Alzándola.

¡Levantad, señora!
 Indigna acción de mi justicia fuera.
 Saldréis de mis dominios, desterrada
 a Portugal, para que nunca alzada
 contemple contra mí vuestra bandera.

A doña Blanca.

Y vos, que de mi lecho repudiada
 estabais como reina y como esposa,
 a Toledo partid... Será Hinestrosa
 vuestra guardia de honor...

ALBUQUERQUE

Excomulgado

por el papa seréis...

PEDRO

¡Mi amor no inmolo!...

¡Que si manda el pontífice en mi Estado,
 en este corazón mando yo solo!
 ¡Entregadle al verdugo!

REINA

¡Solo un falso

anhelo le arrastró!

PEDRO

¡No le perdono!

ALBURQUERQUE

Al salir entre los soldados.

¡Yo ascenderé las gradas del cadalso,
con el orgullo del que sube a un trono!

PEDRO

Cogiendo de la mano a doña María. Resuena el órgano. El día
comienza.

El órgano resuena...

Señalando a la iglesia.

Y vos, mi único amor, vos, que habéis sido
la sola voz que, generosa y buena,
en mi perpetua soledad he oído...
La única sombra tierna y cariñosa
que endulzó con sus mieles mis pesares,
de mi mano venid a ser mi esposa,
de rodillas al pie de los altares.
¡La luz del sol alumbra refulgente,
para que todos miren cómo brilla
la gloriosa corona de Castilla,
en la gloria inmortal de vuestra frente!

TELÓN

LA CENA DE LOS CARDENALES